fatigado y como pronto á ir á juntarse con él en la sepultura?

Yo me arrepentí de haber desafiado lo inmutable. Me avergoncé de haber, casi pudiera decir, tratado de jugar con un espectro. Nos mirábamos uno á otro y los ojos se nos llenaban de lágrimas. Como entre padre é hijo que se han amado tiernamente siempre se mantiene, cualesquiera que sean las contrariedades de la vida, un lazo vibrante é inmortal, nosotros sufríamos entrambos con un mismo sentimiento, aunque no nos lo pudiéramos expresar.

Al cabo de una hora eché de ver que la oscuridad se fué apoderando, por decirlo así, de la sombra ó fantasma, y lo último que de él oí fué un sollozo. Yo me quedé allí llorando....

—Y bien, me preguntó el sabio, ¿está usted satisfecho?

—No, le respondí: el pasado no se rehace!

Así, pues, continuó mi amigo, yo he venido á comunicarte mi desengaño. Los muertos, aquellos que más lloramos, los que querríamos volver á ver, tendrán sin duda un despertar; pero lo que es un insomnio no se les debe causar.

—Confiésame, le dije á mi amigo, que todo eso te lo has soñado tú.

—Supon que me lo he soñado! Ensueño ó experimento, la moralidad que del suceso se desprende es siempre de verdad absoluta. Se le pueden hacer preguntas á la muerte para que revele los secretos de la vida y la ciencia del porvenir; pero ella no les ofrece sino cenizas á los que le quieren arrancar el pasado.

LUIS ULBACH.

———(o)———

JUAN SANGRIA.

DESDE pequeño fué muy negado.

Parecía á primera vista un niño muy listo, parlaba como una cotorra, no se acobardaba delante de la gente, decía una desvergüenza al lucero del alba; pero no le entraban las letras.

Comenzó á ir á la escuela con los demás niños de su edad, y en los dos primeros años no pudo aprender el Padrenuestro, ni supo conocer más letras que la *a*, á la cual llamaba el maestro la letra del burro.

En los años siguientes, á fuerza de machacar en él, fué aprendiendo algo, pero muy poco. Nunca jamás supo una leccion ni medianamente sino á la tercera ó cuarta tentativa.

Había en la escuela bandas de Roma y de Cartago, y ya se sabía, la banda á que pertenecía Juan era la que perdía la semana.

Porque á última hora del sábado, por más atrasada que estuviera la otra, empezaba el contrario de Juan á hacerle preguntas, y cada pregunta le valía un punto.

Despues, el domingo, iban á misa los niños de la escuela, formados en dos filas, cantando aquellos versos que empiezan:

¡Oh, María,
Madre mía!
¡Oh consuelo del mortal!
Amparadme
Y guiadme
A la patria celestial.

Cada fila era constituida por una banda, y la que había ganado en la semana antérior llevaba en un cartel pintado un *víctor*, miéntras la que había perdido llevaba otro cartel con la estampa de un burro. Y como éste le había de llevar necesariamente el que había tenido la culpa de que fuera vencida la banda, siempre era portador del burro Juan Sangría, ó Juan el *burro*, como le iba llamando ya la gente del pueblo.

Con estos auspicios y con esta fama llegó Juan Sangría, un poco más tarde, al estudio del latin, donde fué el hazmerreir de sus compañeros, y donde en tres años seguidos no pudo pasar el *quis vei qui*, ó como se suele decir, el puente de los asnos.

Cuando el dómine le despidió, completamente desesperado de poder sacar nada de él, su padre le llevó al Instituto á ver si allí pasaba.

Pero en el Instituto sucedió lo mismo.

En dos años no pudo aprobar ni una signatura siquiera.

—¿Quál es la capital de Grecia?—le preguntó el catedrático de Geografía en el exámen.

Y Juan Sangría contestó:

—Atanlfo.

En el exámen de Historia le preguntaron qué rey fué el que cayó prisionero en la batalla de Pavía, y dijo que Esopo.

En fin, que el padre de Juan se persuadió de que su hijo no servía más que para empleado, cuando mucho, y como no estaba en las mejores relaciones con el diputado del distrito, se decidió á llevar á Juan para su casa á que esperara allí mejores tiempos.

Pero Juan tenía un tío carnal, cirujano del antiguo régimen, que dió en llevarle de acompañante cuando iba á ver á algun enfermo, y concibió la mala idea de dejarle por heredero del partido.

—Mira—le dijo un dia al salir para una aldea, cercana al pueblo que les servía de ordinaria residencia—vete fijando en estas cosas que, como ves no son muy difíciles, y con que aprendas regularmente á sangrar y sacar una muela, yo te daré los formularios para que recetes tártaro emético ó tisana laxante, y con poco más puedes hacerte hombre.

Juan, que había envidiado muchas veces la buena vida que llevaba su tío, no echó la advertencia en saco roto.

Comenzó á pensar en la cosa, y á poco de pensarlo ya no cabía en sí de regocijo, figurándose que había de oirse llamar con el tiempo *el señor cirujano*.

¡Qué dirían entónces los antiguos condiscípulos, que tanto se reían de él, y el que más no había pasado de fiel de fechos!

Su mismo apellido *Sangría*, cuyo significado era la esencia de la cirujía y aún más de la medicina de entónces, constituía para Juan el más feliz augurio.

Tenía gran padrino y excelente maestro, que, además de los libros, le dejaría en herencia un partido campleto y un nombre no mal acreditado....

No cabía duda que llegaría á ser el rey del contorno.

Con estas esperanzas no perdía ocasion de acompañar á su tío á visitar, ni perdía palabra ni gesto ni movimiento que su tío hiciera ó dijera delante de un enfermo, proponiéndose en todo imitarle ó copiarle.

Una tarde fueron á ver á un vecino que tenía una fiebre gástrica, y á quien habían dejado la tarde anterior muy aliviado, casi en convalecencia.

—Me alegro de que venga usted, señor don Lesmes—dijo la mujer del enfermo al tío de Juan.

—Pues qué, ¿hay alguna novedad?—la dijo el cirujano.

—Sí, señor; me parece que Francisco está peor que ayer tarde.

—¿Qué ha habido? ..... ¡Si le he dejado tan bueno!....

Y diciendo esto entró el cirujano, acompañado de su sobrino, en la habitacion del enfermo, y se puso á tomarle el pulso.

—¡Es claro!—comenzó á decir con tono severo.—¡Está peor!.... ¡Ya lo creo!.... No haceis caso maldito de las prescripciones facultativas.... ¡Qué remedio tiene más que estar peor!.... Te dije que continuara á dieta—añadió dirigiéndose á la mujer, que había entrado en la habitacion detrás de ellos—y ha comido....

—No, señor, no ha comido—balbuceó tímidamente la consorte.

—¿Cómo que no ha comido? ¿Me lo vendrás tú á decir á mí, que se lo estoy conociendo en el pulso?.... Y hasta te puedo decir lo que ha comido.... Este enfermo ha comido.. además del sopicaldo que te dije que le podías dar, ha comido gallina y hasta algunos garbanzos.

—Ocho ó diez nada más, señor D. Lesmes—dijo el enfermo con voz temblorosa, maravillado completamente de la ciencia de aquel hombre,—y tambien es verdad que chupó una zanca de un pollo..... Pero ¿quién había de pensar que tan poca cosa me había de hacer daño?....

—¡Pues ya se vé!..... ¡Quién había de pensar....—replicaba entre burlon y enfadado el físico.—Y todavía quería esta tonta venir á meterme á mí los dedos por los ojos.... ¡Cómo no conociera!....

—Es verdad, señor D. Lesmes,—replicaban á un tiempo marido y mujer.—El que le haya de engañar á usted....

—No, añadía D. Lesmes muy satisfecho; —á mí no se me engaña. Y entre paréntesis; has tenido la fortuna—decía dirigiéndose al enfermo—de que me diera la idea de venir esta tarde; que si no vengo, esta noché vas á cenar con Cristo.... Miéntras que habiendo venido, creo que no habrá caso. Pero cuidado para otra. A ver, un poco de papel y un tintero....

Y despues de haber recetado un vomitivo, encargando que fueran en seguida á la botica y lo tomara pronto, salió de la casa con su acompañante, dejando al enfermo y á su mujer tan agradecidos como asombrados.

—Pero diga usted, señor tío—le preguntó Juan á D. Lesmes cuando iban los dos solos á la calle abajo;—¿cómo ha podido usted conocer en el pulso, no solamente que había comido el enfermo, sino hasta la clase de alimento que había tomado? *Ciencia* es esa á la que yo no me creo capaz de llegar en mi vida.

—Ni yo tampoco, hombre, ni yo tampoco—le respondió D. Lesmes;—ni es necesario.

—Pues eso valdrá—repuso el sobrino;—porque si lo fuera, así llegaría yo á ser cirujano como usted papa.

—Bueno, hombre, bueno; te repito que no es necesario, pero atiende, y no seas bruto. Mira: al entrar yo en un cuarto de enfermo, me fijo en todo, y observo con cuidado hasta los menores detalles, especialmente hácia la cabecera de la cama. Esta tarde, apénas entré en el cuarto de este infeliz, comencé á observar como acostumbro y en seguida ví á los piés de la silla en que me senté junto á la cabecera del enfermo, dos medios garbanzos y la pelleja de otro; tendí la vista hácia el rincon de enfrente y ví dos huesos de pata de gallina. La cosa era indudable. ¿Para qué nos da Dios el discurso?..... Claro es que aquellos eran despojos de la comida del enfermo. ¿Qué otra persona, si no, había de haber ido á comer allí? Fundado en este raciocinio hice la acusacion, y ya vez qué pronto lo confesaron todo..... ¡Cualquiera convence ahora á esos desdichados de que yo no soy un pozo de ciencia!

—Está bien, señor tío, está bien—replicó muy satisfecho Juan.—La verdad es que á mí no se me hubiera ocurrido nunca; pero ahora que usted me lo dice, no se me ha de olvidar la treta.

Como todo llega en el mundo, á la vuelta de media docena de años estaba ya D. Lesmes, despues de haber dado cuenta á Dios, comiendo tierra en el santo malvar, y su sobrino visitando enfermos.

Por cierto que la cuenta de D. Lesmes no debía de haber sido del todo llana, puesto que unas horas ántes de morir se le oía decir, en el delirio, muy apurado y como quien contesta á una acusacion:

—No, ese no le maté yo; le mató el mancebo de la botica, que no entendió la cifra y, en lugar de medio grano de opio puso media onza.... No, ese tampoco le maté.... ¡Si no le receté más que flor de malva!....

Y así por ese estilo.

Pero Juan Sangría, que no pensaba por entónces en dar cuentas, sino en cobrarlas, no se acobardó por estas cosas, y en cuanto su tío espurrió la pata, se presentó á los avenidos que tenía, solicitando rehacer las escrituras á su favor, y dale de aquí, dale de allá, á medio duro anual cada vecino, logró encabezar seis ó siete lugares que le habían de producir tres mil reales largos, cantidad bastante mayor que la que él soñó ganar en toda su vida.

Usaba el libro de recetas que tenía su tío, y aunque no le entendía del todo bien, cuando se encontraba con una palabra latina que no podía traducir ni apénas copiar, la sustituía con la castellana que le parecía más semejante, resultando de esto unas ensaladas de castellano y de latin que hacían á los boticarios morirse de risa.

A veces despachaban éstos lo que buenamente creían que el sangrador había querido pedir; á veces determinaban llamarle para averiguarlo, y á veces, despues de averiguado, despachaban solamente agua clara, para evitar un envenenamiento.

Con todo lo cual, bien se comprende que otro que no hubiera sido Juan Sangría, hubiera pasado gravísimos apuros.

Mas tambien se comprende que Juan Sangía no se apuraría demasiado; porque si en él la ciencia era poca, la vergüenza era ménos.

Lo cierto es que así con su completa falta de aprension, y con las cosas que había oído y había visto hacer á su tío, las cuales procuraba guardar en la memoria para aplicarlas cuando caía, ó cuando á él le parecía que caía, aunque no cayera, iba tirando, y cobrando, que era lo principal de su intento.

Pero el refran lo dice: "No hace tantas la zorra, como paga en una hora," y eso que hace muchas. Y tampoco el sangrador había hecho tantas como pagó en la hora verdaderamente aciaga en que le sucedió lo que voy á referir para finalizar esta historia.

Un dia fué avisado Juan muy de maña na para ver á un enfermo.

Era éste ya demasiado anciano, y estaba atacado de pulmonía; pero Juan, que no supo apreciar otro síntoma que el de la tos, creyó que se trataba de un simple constipado, y quiso curársele como él se solía curar los suyos.

Le mandó que se estuviera en la cama, que no comiera y que tomara cazuelas de vino hervido con azúcar; con lo cual la calentura del enfermo fué creciendo hasta lo indecible.

Por la tarde, al oscurecer, volvieron á llamar á Juan Sangría, diciéndole que el enfermo estaba mucho peor, que se estaba ahogando.

—Cuando estos bárbaros se apuran así—decía Juan para su anguarina—el pobre hom debe estar efectivamente muy malo.

Y echó á andar en el acto para casa del enfermo, discurriendo á ver á quién echaría la culpa del desastre.

Tenía el enfermo tres hijos, robustos mocetones y algo brutos, uno de los cuales había ido esta vez á llamar á Juan, y entró á la vuelta con él, en el cuarto donde estaba acostado el paciente, ya moribundo.

Juan Sangría recordó entónces uno de los recursos de su tío que más le habían llamado la atencion, y comenzó á observar los alrededores de la cama.

No vió más que unas pajas por el suelo, caídas sin duda del jergon al mullirle, y despues de un breve rato de tener cogida la muñeca del enfermo, como si le tomara el pulso, exclamó con insolente gravedcd:

—¡Está claro! Está peor, mucho peor, pero no tiene nada de extraño que lo esté; porque como no hacen ustedes caso de las prescripciones facultativas.... Les dije á ustedes que estuviera á dieta, y ha comido....

—No, señor; perdone usted, D. Juan, pero no ha comido—le contestó el mozo que le acompañaba;—no ha hecho más que tomar las tres cazuelas de vino con azúcar que usted le mandó esta mañana.

—Sí, señor—insistía Juan cada vez más serio;—este enfermo ha comido. ¡Vaya! ¡Me lo vendrán ustedes á negar á mí, que se lo estoy conociendo en el pulso!

—Pues no ha comido.

—Pues sí ha comido. Y hasta les puedo decir á ustedes lo que ha comido.... Este enfermo ha comido paja....

—Señor D. Juan—le contestó el mozo formalizándose mucho—me parece que no es ocasion de chancearse. Considere usted que está muriendo mi padre, y vea si le puede aliviar; lo demás.... andar en bromas ahora....

—No ando en bromas, zoquete, no ando en bromas—le interrumpió Juan levantando cada vez más la voz, dispuesto á sostener su afirmacion á todo trance.—¿Qué sabes tú de esto? Ha comido y sé lo que ha comido.... Sí, señor.... Lo he conocido en el pulso..... A más de qué ¿no tengo yo ojos?.... ¿Crees que no he visto en cuanto entré las pajas caídas por el suelo? Este enfermo ha comido paja.

—Paja la habrá comido usted, so animal, ó si no la ha comido, merecía comerla—dijo el mozo ya fuera de sí, soltando á Juan Sangría tan fuerte bofetada, que le hizo rodar por el suelo.

A los gritos acudieron los dos hermanos del agresor, y enterados brevemente del caso por esta exclamacion del primero: "¡Pues no dice el grandísimo bestia que mi padre ha comido paja!".... tomaron cartas en el asunto, y entre los tres llevaron á Juan Sangría á estacazos y á puntapiés hasta la puerta de la calle, administrándole tan formal paliza, que á duras penas salvó la pelleja.

No le quedó gana de volver á visitar enfermos.... ¡Sí volvería!

Como que, tiempo andando, cuando iba al monte á hacer carbon, que fué el oficio que tomó despues, le hacían burla los otros carboneros voceándole desde un cerro á otro:

—¡Juan! Este enfermo ha comido paja.

Y contestaba el pobre Juan, escociéndose todavía de los golpes:

—Lo que comí fué leña....

———[✣✣✣]———

La confesion de Vicente.

LA antigua iglesia de San Medardo es una parroquia muy pobre, á la que suele acudir muy poca gente los domingos y casi nadie el resto de la semana.

Así es que el padre Faber está seguro de no oir en su confesonario más que las manifestaciones nada interesantes de tres ó cuatro beatas vulgares. Pero como es hombre de conciencia, acude constantemente al templo, deseoso de cumplir al pié de la letra con sus deberes.

—

Una tarde del pasado invierno, el padre Faber, luchando contra una borrasca y con el paraguas abierto recorría penosamente la calle Monffetard para ir á la parroquia y, casi seguro de molestarse en vano, echaba de ménos la chimenea que acababa de abandonar en su casita de la calle Lhomond y un libro en folio sobre el cual había dejado sus gafas.

El bueno del cura llegó á la iglesia, tomó agua bendita al entrar, se persignó, se inclinó al pasar por el altar mayor y se dirigió á su confesonario, donde le esperaba un penitente.

—

¡Era un hombre! Cosa rara y excepcional en San Medardo.

Instalado el padre en su sitial, descorrió la cortinilla verde que cerraba la ventanilla.

—Señor cura.... —balbuceó una voz ruda que se esforzaba en hablar bajo.

—Diga usted el *Confiteor* y llámeme usted padre.

—Pues bien, padre, dispense usted si no hablo como fuera debido, porque no me he confesado desde hace veinticinco años, es decir, desde que salí de mi país. Pero lo que hoy llevo sobre mi conciencia es demasiado pesado para mí y necesito que usted me escuche, padre.... ¡He dado muerte á un hombre!

El cura se estremeció en su asiento y exclamó:

—¡Un asesinato!....

Y luego, en medio de su sorpresa, no ocurriéndosele más que palabras maquinales, añadió:

—Confiésese usted, hijo mío.... La misericordia de Dios es infinita.

—Escuche usted toda la historia—dijo el penitente con un acento en el que vibraba el más profundo dolor.—Soy albañil y vine á París hace más de veinte años con un paisano, compañero mío desde la infancia, casi un hermano. Llamábase Felipe.... yo me llamo Vicente.... Al llegar, entramos á la casa del mismo amo, pero por la noche me dejaba solo para ir en busca de diversiones con sus camaradas. Felipe no tenía obligaciones de ningun género, miéntras que yo no podía gastar porque en aquella época tenía á mi madre enferma y estaba en el caso de mantenerla con mis ahorros.

Iba yo á comer por entónces á casa de una frutera viuda, al paso que mi compañero se las campeaba por otro lado, deseoso, sin duda, de alimentarse mejor que yo. Y, además, si he de ser franco, diré á usted, padre, que me enamoré de la hija de la frutera. ¡Pobre Catalina! No le dije ni una palabra hasta al cabo de tres años, cuando murió mi pobre madre. Pude, con tal motivo, hacer algunas economías, y tardé mucho tiempo en declarar mi pasion á la muchacha. Catalina no me dió una contestacion categórica; pero consulté con madre, que me tenía en gran estima, y al fin se concertó la boda. Se lo contó todo á Felipe, á quien veía en el trabajo y quise que conociera á mi prometida.

Felipe era un hombre agraciado, alegre y en extremo amable; es decir, lo contrario que yo.... y el infeliz, sin poner nada de su parte, tuvo la fortuna de volver loca á Catalina. La chica se portó muy bien conmigo y me lo confesó todo. No me olvidaré nunca de aquella escena. Era el dia de Santa Catalina, y con tal motivo le compré una cruz de oro para obsequiarla. Estábamos solos en la trastienda y acababa de servirme la sopa, cuando saqué el estuche y le enseñé la alhaja.

Entónces Catalina se echó á llorar, y me dijo:

—Perdóname, Vicente, y guarda eso para regalárselo á la mujer con quien te cases.. Yo no puedo ser tu esposa.... porque amo á otro.... amo á Felipe.

—

¿Qué podía yo hacer en tal situacion, ya que los quería á entrambos, sino casarlos? Y como Felipe no tenía ni un céntimo, le dí mis economías para que amueblara su casa.

Contrajeron matrimonio y todo en un principio fué á pedir de boca, y tuvieron un hijo, del que fuí padrino y al que puse por nombre Camilo, en recuerdo de mi madre.

Poco despues de su nacimiento fué cuando Felipe empezó á torcerse. No había nacido para el matrimonio y le gustaban demasiado las francachelas con sus amigos.

No había trascurrido año y medio cuando Felipe se jugaba el jornal, faltaba de casa noches enteras y maltrataba á la pobre Catalina.

Traté de corregirle, pero no hizo caso de mis observaciones, y un dia, hasta tuvo la audacia de decirme que yo galanteaba á su mujer, de quien había estado enamorado y con la cual no había logrado casarme, añadiéndome otras cosas que me avergüenzo de repetir. Renuncié á ver á Catalina y á mi ahijado y cuanto á Felipe, sólo le veía cuando teníamos trabajo en la misma casa.

Pasaron los años y Felipe seguía de mal en peor; pero Catalina, á la que secundaba yo en secreto, logró educar é instruir á su hijo que hoy tiene veinte años y gana un buen sueldo como dibujante en casa de un arquitecto.

Aunque el hogar se hallase entristecido con la presencia de Felipe, casi siempre borracho, las cosas habían mejorado, porque Camilo es excelente para con su madre. Y desde hace un año, cuando encontraba á Catalina muy desmejorada y flaca, del brazo de su hijo, vestido de levita, se me ensanchaba el corazon.

Pero anoche, al salir de casa encontré á Camilo—que no se avergüenza de mi manchada blusa—el cual me dijo:

—Ayer fuí sorteado en quinta y me tocó el número diez; número que obligará á separarme de mi madre por cinco años. ¡La infeliz no podrá sobrevivir á la desgracia que nos aflige!

Pasé una noche horrible al pensar en los veinte años de afanes de aquella mujer, destruidos en un minuto por la brutalidad de la suerte.

Así es que acudí de muy mal humor al trabajo, dirigiéndome á la calle de Arago, donde construíamos una casa que llegaba ya al cuarto piso.

Subí al andamio, y con gran sorpresa mía, me encontré allí á Felipe, el cual había ido á

trabajar aquel dia por capricho, por tener con qué beber.

—

Hacía mucho tiempo que no le había visto y le encontré en extremo cambiado.

—¿Conque Camilo—le dije—ha sacado un mal número?

—¿Y qué?—me contestó con voz aguardentosa y mirándome desdeñosamente.—¿Tambien vas á darme un mal rato con eso, como Catalina y Camilo? Si yo no existiese, no partiría.... pero ahora, que vaya á servir á la patria como los demás.

En aquel momento dieron las once y los compañeros empezaron á bajar en busca de su almuerzo.

Felipe y yo nos quedamos atrás; pero al llegar á una escalera me volvió á mirar con desprecio y me dijo:

—¡Ya ves si sé andar todavía por las alturas! ¡Ya ves que Camilo está todavía muy léjos de ser hijo de viuda!....

Entónces se me agolpó la sangre al cerebro; cogí con mis dos manos los montantes de la escalera y, haciendo un supremo esfuerzo, precipité á aquel hombre en el vacío.

Cayó muerto, y todo el mundo supuso que había perecido víctima de un accidente desgraciado. ¡Pero Camilo es ya hijo de viuda, y no se alejará del lado de su madre!

Esto es todo cuanto tenía que confesar, señor cura, en descargo de mi conciencia. Estoy arrepentido y pido perdon á Dios. En cuanto á la penitencia.... tome usted, padre, la cruz de oro que traté de regalar á Catalina y que se negó á aceptar al decirme que estaba enamorada de Felipe. Véndala usted y consagre el dinero á los pobres.

—

¿El padre Faber absolvió á Vicente?....

Lo indudable es que el sacerdote no ha vendido la cruz de oro; que ha echado su importe en el cepillo de la iglesia, y que ha colgado la alhaja, como un *exvoto*, en la capilla de la Vírgen, á donde va con frecuencia á rezar por el alma del pobre albañil.

FRANCISCO COPPÉE.

La aventura de un novio.

SINGULAR OCURRENCIA.

EN las memorias del baron de Besenval se encuentra la siguiente aventura, en que más de un escritor parece haberse inspirado para urdir una intriga de novela ó de pieza teatral.

—

M. de Saint-André, que falleció siendo teniente general, empleado en Strasburgo, se había embarcado en una de esas carrozas públicas para venir á Paris; en el viaje trabó amistad con un jóven que hacía el mismo camino que él y cuyo nombre no ha llegado á mi conocimiento. Yo conocí á este M. de Saint-André: era un hombre grande, de hermosa presencia, de aspecto austero, que no reía nunca exteriormente, que formaba un gran contraste con las ideas alegres y las extravagancias de que estaba preocupado continuamente.

Compañero de viaje de un jóven casi de su edad, con el que trabó amistad en el coche, se entretuvieron mutuamente hablando de sus familias y de lo que podía interesarles. M. de Sain-André supo de su nuevo amigo que estaba actualmente en viaje para desposarse, llegando á Paris, con una rica heredera, hija única de un amigo íntimo de su padre.

M. de Saint-André fué puesto perfectamente al corriente de la familia de su nuevo amigo, como de la de su pretendida. Como este jóven no estaba ocupado más que de su objeto, hablaba incesantemente de él y no omitía ningun detalle que tuviese relacion con su tema, tanto en el pasado como en el presente y el futuro.

Este género de conversacion ocupó á los dos amigos hasta su llegada á Paris. Una vez en esta ciudad, hicieron buscar un alojamiento en el hotel de Inglaterra, en la calle de Richelieu. Apénas instalados, atacó al amigo de M. de Saint-André un cólico de *miserere*, que fué siempre en aumento á pesar de todos los socorros que se apresuraban á darle, concluyendo al fin con su vida en ménos de dos horas.

M. de Saint-André, compadecido de la suerte de este desgraciado jóven; y ya que no había podido salvarlo, creyó que era necesario desempeñar los deberes que las circunstancias exigian de él. En consecuencia, sabiendo que el difunto era esperado esa misma mañana en casa de su futuro suegro, se proveyó de todos los papeles que encontró en sus bolsillos y de su cartera, y se dirigió á casa del suegro, á fin de entregarle cartas y documentos é instruirlo de la desgracia que había sucedido.

Hasta allí todo iba bien. Todo estaba en su verdadero órden, que sin duda se habría mantenido hasta el fin, sin una circunstancia que hizo perder á M. de Saint-André las buenas resoluciones que había tomado.

Cuando llegó á la puerta de la casa del suegro de su amigo, los criados, impuestos de la llegada del yerno y al ver un jóven desconocido, no dudan de que sea el esperado, y corren á anunciarlo como tal al amo de la casa. Este acude á encontrar á M. de Saint-André, lo estrecha en sus brazos y sin darle tiempo para hablar, lo conduce á la pieza de su mujer, y se lo presenta como yerno, y á su hija, como su futuro marido.

M. de Saint-André no resistió á la idea de ser todo eso y de sacar partido para una aventura entretenida. Hizo perfectamente su personaje. Dió al suegro y á la suegra las cartas que el difunto estaba encargado de entregarles, y estando perfectamente al corriente de todo, contestó muy bien á todas las preguntas que se le hicieron.

Causó especialmente muy favorable impresion en la jóven señorita, que de reojo observaba con complacencia los detalles de la hermosa figura que la naturaleza le había dado. Se anunció que la mesa estaba servida. Se colocó á M. de Saint-André al lado de su pretendida, el padre y la madre, llenos de gozo se entregaron á esa alegría pura que da la perfecta felicidad. La jóven se mantenía reservada, no hablaba, apénas contestaba y sus mejillas se coloreaban á menudo. M. de Saint-André se conducía de una manera fina y obsequiosa con ella, circunspecto con el padre y la madre, siempre serio en su compostura, amable y alegre en la conversacion.

Concluida la comida y servido el café, la conversacion se hizo más seria. Se habló de arreglos, y se entró en todos los detalles que se relacionan con el establecimiento de una nueva familia. En lo más animado de la conversacion M. de Saint-André se levantó y tomando su sombrero manifestó deseos de retirarse.

—¿Y qué vais á hacer ahora? le dijo el suegro.

—Tengo, contestó, un negocio que me obliga á dejaros.

—¿Cómo? ¿Qué negocios podeis tener en una ciudad á donde venis por primera vez y donde no conoceis á nadie?

—Todo eso es cierto; pero no es ménos cierto que es absolutamente preciso que me vaya.

—¡Ah! ya sé de lo que se trata: quereis ir á buscar plata donde algun banquero. Primeramente es bueno que sepais que no dejaré que os falte dinero y que tengo á vuestra disposicion todo el que podais necesitar. Por otra parte, si quereis absolutamente que sea el de vuestro banquero, puedo indicaros alguno que se encargará de todos esos asuntos y así no nos privareis del placer de que esteis con nosotros.

—No, no es absolutamente esto. Es algo en que mi presencia es del todo indispensable

Hablando así, M. de Saint-André marchaba siempre hácia la puerta. Se encontró en la antecámara donde el padre le había seguido.

—Ahora que estamos solos y que las señoras no pueden oirnos, continuó M. de Saint-André, os diré que esta mañana, muy poco despues de mi llegada, me sobrevino un accidente. He sido atacado de un cólico que me ha causado la muerte. He dado mi palabra de que me enterrarían á las seis; comprendeis que no puedo faltar á esta cita; y que no siendo conocido en esta ciudad á donde vengo por primera vez, no llegar á hora oportuna sería exponerme á que me tratasen de persona que no es formal, lo cual podría hacerme mucho daño.

Se comprenderá fácilmente el asombro con que el suegro escuchaba á M. de Saint-André. Tal vez no encontró de mucho gusto, la figura retórica del entierro; pero la idea en general le pareció de tal modo extravagante, que entró á la pieza lanzando tales carcajadas que le costó mucho trabajo referir á su mujer y á su hija lo que le pareció la más divertida de las bromas.

En tanto que la familia seguía comentando la ocurrencia, dieron las seis y despues las siete; luego comenzaron á extrañar que el jóven no volviera. Despues de las siete y media, el suegro, perdiendo la paciencia, envió al hotel de Inglaterra á saber qué se había hecho el novio. El sirviente encargado de la comision preguntó por el verdadero nombre del yerno; las personas del hotel contestaron "que "había llegado á los nueve de la mañana, ha-"bía muerto como á las once y que se le había "enterrado á las seis de la tarde."

Sería difícil pintar la sorpresa que esta respuesta produjo al padre, mujer é hija.

La historia termina aquí y nada se ha averiguado sobre si esta familia hizo otras indagaciones y el resultado que dieron.

—

AL CAER LA TARDE.

Y otra vez en tu manto de escarlata
envuelto, oh sol, desciendes al abismo,
y la falange de la sombra ingrata,
ya libre de tu imperio
sobre la triste tierra se desata.
Y otra vez de mortal melancolía
mi espíritu se llena
contemplando en tu faz agonizante
los estertores últimos del dia,
y con dolor profundo
veo despues anhelante,
que de tí ya no hay más que resplandores
del incendio en que abrasas otro mundo.
Mas volverás. Mañana la criatura
saludará con gozo
tu aparicion en la celeste altura
difundiendo la luz y el alborozo.
Sólo á las sombras de mi amago duelo
no has de llegar jamás. Alzo los ojos,
y busco en vano en la extension del cielo;
pues no hallo todavía
una piadosa luz aunque lejana,
anunciando una mañana
que me prometa el sol de un nuevo dia!

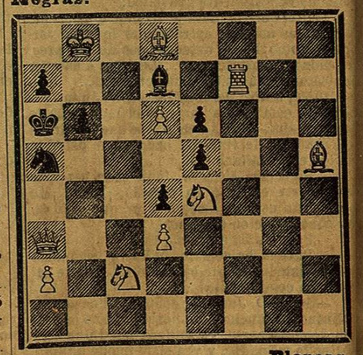
DELIO MORENO CANTON

Mérida, Julio de 1893.

PROBLÉMA DE AJEDREZ

ANONIMO.

Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos.

Solucion del problema publicado el domingo 16 del pasado.

1, T d 4—P toma T.—2, A toma P ✠✠.—Una variante.

EL TIEMPO

EDICIÓN ILUSTRADA.

Tomo III. México, Domingo 13 de Agosto de 1893. Núm. 109

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

IV

No sé á qué hora desperté, desconociendo el sitio en que me hallaba. Me volví del otro lado y seguí durmiendo hasta las nueve de la mañana. No quisieron, sin duda, despertarme, para que me desquitara de las desmañanadas del Colegio.

—¡Que duerma hasta que quiera!—dirían las buenas señoras.—Harto habrá madrugado en diez años de encierro.

La luz que se filtraba por las junturas del techo y por las hendiduras de la ventana, alegre y regocijada, me hizo dejar el lecho. Fuera resonaba la escoba cantante de una barredora inteligente, cantaban pajarillos y cacareaban las gallinas. Un gallo ronco lanzaba, de tiempo en tiempo, su canto de ensoberbecido sultán.

Presentía yo hermoso dia, uno de aquellos inolvidables días que dan á las almas de los niños festivo buen humor; uno de esos días que convidan á sacudir el yugo escolar para irse por los campos á tenderse bajo los álamos del rio, cabe las ondas murmurantes, cerca de las piedras cubiertas de musgo, lejos del dómine cétrino é irascible, libre de las coplas del Iriarte, de las discusiones del Foro y de las catilinarias terríficas; día de los más bellos para *salar*. Me olvidé de mi edad, me imaginé que tenía siete años, me persuadí de ello y me dije:

—Lo que es hoy, desayuno, y dejo al *pomposísimo* don Román con sus odas y sus églogas. Allá se las avenga. Ahora.... al cerro del Cristo, á las dehesas del Escobillar, á cortar guayabas en las sabanillas que bordan las orillas del Pedregoso!

Y dicho y hecho, en pié. Pronto estuve listo. No procuré cambiar de traje, y me puse el muy empolvado de la víspera, que me olía á lo que huelen los caminos de la Mesa Central: á sequedad y tierra estéril. Cuando salí al comedor,—¡qué comedor!—una pieza de seis varas cuadradas, mi tía Pepa, muy risueña y parlera, me esperaba sentada á la mesa.

—¡Por Dios, Rorró! ¡Quieres que me dé un ataque! Son las ocho y aquí me tienes sin probar bocado, en espera del caballero, mientras éste duerme como un marqués. Carmen no ha dormido en toda la noche, pensando en tí, muy contenta de haberte visto. ¡Tiene tu tía unas cosas! Dice que pronto hará el petate; que ya viniste y que, tal vez, eso nada más espera Dios para llevársela. Así sucede todos los dias; siempre amargándonos la vida con tristezas, siempre haciéndonos llorar! Pero ¡vaya! á todo esto ni quien piense en el desayuno.... Señora Juana: aquí estamos ya! ¡El chocolatito! Tú tomarás café con leche, ¿no es eso? Ustedes los muchachos no gustan ya del chocolate; dicen que es antigualla. Yo, hijo, como tu abuelo, chocolate y nada más; chocolate bueno, eso sí. Mira, Rorró: á eso sí no puedo acostumbrarme, al chocolate malo. ¿Comes algo? Dilo, muchacho, que para eso estás en tu casa! Señora Juana, á ver qué le hace usted á Rodolfo.... Hay que chiquear al niño....

La buena de mi tía no me dejaba hablar. Suelta de lengua, viva, ingeniosa, era difícil cortarle el hilo una vez que principiaba á hablar. No bien pidió el almuerzo, siguió diciendo:

—¿Ya sabes que está con nosotras una jóven? ¿No la viste anoche?

—Creo que sí....

—¡Muy buena! ¡Muy buena! ¡Como un pan de gloria! Y te quiere mucho.... Parece que te conoció desde que eras así. ¿Te acuerdas qué travieso? ¿Te acuerdas de cuando rompiste el juego de café de tu tía Carmen? Me parece que te veo: te fuiste á esconder en la bodega. De allí te sacamos para que vinieras á comer, y viniste pálido y lloroso. ¡Tú dirás! Por unos cacharros cualesquiera.... Eran de China, y muy bonitos; pero, qué importaba! Todavía se acuerda de ellos tu tía. ¿Por qué te sonrojas? ¡Vaya, hijo! ¿Todavía tienes miedo de que te castigue tu madrina?

Efectivamente, el recuerdo de aquella diablura me sacaba al rostro los colores. Se trataba de un precioso servicio de café, de legítima procedencia chinesca, que mi abuelo compró en un puerto del Pacífico á bordo de un navío inglés que volvía del Celeste Imperio. Era el encanto de la casa. Un día, jugando á la pelota, ¡chás! quedó hecho pedazos!

—Pues bien, como te iba yo diciendo:—prosiguió mi tía,—es muy buena muchacha; te quiere mucho. Las últimas camisas que te mandamos las hizo ella, y ¡con qué cuidado!

—Dígame usted, tía: ¿quién es esa jóven?

—Ahora te diré!—é interrumpiéndome, gritó:—¡Angelina! ¡Angelina! !Ven acá!

Y continuó, dirigiéndose á mí:

—Está con Carmen. Si tú vieras: es muy